



ANTES *de que*

LAS HOJAS

caigan

MAITE ALEU

Antes de que las hojas caigan

Maite Aleu

© Maite Aleu, 2019.

ANTES DE QUE LAS HOJAS CAIGAN

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial del texto por cualquier medio sin la autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*.

La narración y sus personajes son fruto de la imaginación de la autora, el contexto en el que se mueven corresponde a datos históricos.

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito de Imagina-designs

Maquetación: Maite Aleu

Edición: Ana Vázquez

Todos los derechos reservados Safe Creative. Número de registro:

1910082130078

ISBN: 978-8409141296

A mi familia

Índice

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Sobre la novela](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Chicago, enero de 1918

La joven de cabellos oscuros se detuvo frente a la estatua de Pasteur, en el centro del pequeño parque que la separaba de su destino, y leyó la frase escrita en el pedestal:

Uno no pregunta a alguien que sufre: ¿cuál es su país y su religión? Simplemente dice: usted sufre. Eso es suficiente para mí.

Sonrió a la figura del eminente microbiólogo sintiendo que, de alguna forma, le daba fuerzas, tomó una bocanada del gélido aire matutino y se dirigió hacia el enorme edificio. Atravesó el umbral y aspiró con ansia el conocido olor a desinfectante. Los tacones de sus botines resonaban en el suelo de los pasillos mientras seguía las indicaciones colgadas en las blancas paredes. El personal que trabajaba en el hospital estaba demasiado atareado como para prestarle atención. Se detuvo frente a una puerta al ver que había encontrado lo que estaba buscando. El cartel rezaba: «sala de residentes».

Se desabotonó el abrigo y repasó su atuendo antes de llamar. La amplia y larga falda y la blusa abotonada hasta el cuello pasaron su examen. Alzó sus manos para comprobar que llevaba el cabello en orden y descubrió que un mechón se había escapado del apretado moño. De forma precipitada lo agarró y se quitó una horquilla para poder sujetarlo, pero se le cayó al suelo. Se agachó para recogerla.

—Qué inoportuna... —masculló mientras se incorporaba.

La puerta se abrió y se quedó inmóvil mirando fijamente unos ojos azules. Su propietario, mucho más alto que ella, la observó mientras se arreglaba el rebelde cabello. Notó calor en las mejillas por haber sido sorprendida en aquella postura. El desconocido dibujó una sonrisa de suficiencia

mientras clavaba sus iris en los de ella con una intensidad nada educada.

—Doctor Foster, ¿a qué espera? Si se aburre, en el ala de tuberculosos les iría bien su ayuda. —La voz que salió del despacho sonó grave y autoritaria.

—Sí, doctor Brown —el joven contestó por encima de su hombro, luego le sonrió y se marchó.

Miró hacia el interior y vio una sala espaciosa, pintada en color blanco e iluminada por la fría luz matinal que penetraba a través de amplios ventanales. Una gran mesa rectangular de madera oscura, rodeada por varias sillas del mismo color, estaba situada en el centro. En la pared de enfrente colgaba una enorme pizarra.

Dentro de la sala había algunos jóvenes de pie, todos hombres, que vestían amplias batas blancas. Frente a ellos, un hombre maduro, alto y corpulento con cabello entrecano, cuya mirada imponente se clavaba en ella en aquel momento.

—Señorita, la jefa de las enfermeras tiene su despacho al fondo del pasillo. —Hizo un brusco movimiento de cabeza en aquella dirección.

—Soy la doctora Elizabeth Scott, doctor Brown. —Ante la expresión de sorpresa de Brown, continuó—: Su carta me citaba aquí a las ocho en punto.

—Ah, sí, sí... ya recuerdo. Doctora... Scott —pronunció «doctora» como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo—. Pase, por favor. ¿Y ustedes a qué esperan? ¿No tienen trabajo? —elevó el tono de voz mientras se giraba y observaba con gesto duro a los jóvenes que quedaban en la sala.

El espacio se vació de forma tan rápida como silenciosa. El doctor Brown le indicó una silla y esperó a que se sentara para hacerlo él.

—Voy a serle sincero —el médico hizo una pausa clavándole su mirada oscura—, no sé cómo enfocar esta situación. Y eso no me gusta.

La joven esperó en silencio, su postura recta en la silla, las manos entrelazadas sobre su regazo. Aunque un pequeño porcentaje de estudiantes de medicina eran mujeres, al graduarse la mayoría se dedicaba a trabajar en consultas privadas u hospitales femeninos. Pocas se atrevían a invadir el reino de los grandes hospitales. Por eso ella no había esperado una fiesta de bienvenida, pero tampoco que el jefe de medicina del hospital del condado de Cook la considerase una «situación».

—No creo que este sea el sitio adecuado para una mujer —prosiguió el veterano médico—. Es cierto que la mujer tiene vocación de cuidadora por naturaleza, y puedo entender que algunas estén interesadas en la medicina, pero para eso hay lugares apropiados, como los hospitales femeninos. —Meneó la cabeza—. La guerra está trastornando el orden natural de las cosas. No entiendo por qué una joven como usted, con tanto talento, no ha encontrado mejor ocupación que estar rodeada de infecciones, malos olores y... hombres —se detuvo y la miró con incredulidad.

—Mi vocación es el estudio de las enfermedades contagiosas —su voz sonó más firme de lo que había esperado.

—Usted estudió en la Facultad de Medicina para Mujeres de Pensilvania, e hizo su internado¹ en el Hospital de Mujeres de Filadelfia. ¿Qué hará cuando tenga que ver a un hombre desnudo? ¿Y si cuando esté sola de guardia llega un borracho? ¿O un lunático en pleno ataque?

—Si me permite decirlo, ya he visto muchos hombres desnudos. Si ha leído mi currículum sabrá que trabajé un año en la clínica del doctor Merrill, en Filadelfia. Respecto a las otras situaciones... pediría ayuda, como seguro harían mis compañeros varones.

Brown se mesó un momento el grueso cabello entrecano, observándola.

—Está bien. Si está usted segura de quedarse, me veo en la obligación de advertirle que no voy a hacer ninguna distinción entre usted y los médicos varones. Si no es capaz

de cumplir con sus obligaciones como un hombre deberá marcharse, ¿queda claro?

—No espero otra cosa, doctor, que ser tratada como un hombre. —Elizabeth contuvo una sonrisa.

Brown la estudió mientras, reflexivo, se frotaba la barbi-lla.

—He de reconocer que tiene un buen currículum y mejores referencias, por no hablar de la nota de su examen de acceso al hospital. ¿Me permite una pregunta directa?

—Todas las que quiera.

—¿Por qué nuestro hospital? ¿Por qué no el Mary Thompson, aquí en Chicago? Allí habría sido muy bien recibida.

Elizabeth se sonrojó. «No como aquí».

—El Mary Thompson es un hospital femenino y la especialidad que ansío no entiende de géneros. El Cook es muy grande, su laboratorio es de los mejores del país, y el doctor Parker es un especialista muy reputado —prosiguió—. ¿Por qué he de conformarme con menos? —Hizo una pausa—. ¿Usted lo haría?

El doctor Brown la evaluó unos instantes, y ella imaginó que se planteaba por qué una chica querría meterse en ese berenjenal en lugar de casarse y criar hijos.

—No, no lo haría —repuso con honestidad.

—Me informé antes de hacer el examen para ser residente de este hospital y me comuniqué por carta con el jefe del laboratorio. Creo que este es el lugar en el que debo estar para tener una buena formación.

—Veo que está usted convencida de lo que quiere.

—Lo estoy.

—Entonces, se terminó la entrevista. —El jefe de medicina se levantó y Elizabeth le imitó. Tras unos segundos en silencio, el hombre extendió la mano—. Bienvenida al hospital del condado de Cook, doctora Scott.

—Gracias, doctor Brown. —Sin vacilaciones, Elizabeth tomó la mano que le tendía y la sacudió enérgicamente. Su

controlada expresión mudó al observar los dedos de Brown, hinchados por la parte de las uñas. Conocía aquel signo: su jefe tenía una enfermedad pulmonar crónica.

—Sarampión —dijo el veterano médico al percatarse de su mirada.

—Lo siento, no quería ser grosera.

—No se preocupe. —Esbozó una sonrisa—. Es usted observadora. Pasé el sarampión de adulto y me dejó secuelas en los pulmones. Los catarros me afectan mucho, por eso no acompaño a los residentes en sus rondas.

—Es comprensible, doctor Brown. —Elizabeth asintió.

—Vamos, la acompañaré y le presentaré a alguno de sus compañeros. Las damas primero.

El doctor Brown le explicó que, a causa de la guerra, había menos médicos de lo habitual, por lo que debería acostumbrarse a una carga de trabajo importante. El lugar contaba con casi tres mil camas desde su reciente remodelación. Al ser un hospital público, financiado por donantes, el Cook daba servicio a una población de múltiples orígenes. La mayoría de su clientela eran pacientes con escasos recursos económicos, muchos de ellos inmigrantes recién llegados. Como residente, su trabajo consistiría en visitar a los pacientes por las mañanas y por las tardes hacer el trabajo de laboratorio.

Joseph Lewis, un residente de su misma especialidad, fue el encargado de guiarla por los pabellones. Era un joven desgarbado con el pelo rubio oscuro, los ojos marrones y cierto aire lúgubre. Aunque conocía la magnitud del centro quedó impresionada por todos sus adelantos y más cuando, al terminar, Lewis le mostró el gran laboratorio. Era muy luminoso, ocupado por amplias mesas rodeadas de taburetes altos, con numerosos microscopios, centrifugadoras, incubadoras para los cultivos, neveras, vitrinas repletas de material... Le había costado mucho llegar hasta allí: cuatro años de estudios, uno de internado, otro de trabajo en una clínica privada y un competitivo examen. Pero valdría la

pena, no solo por todo lo que aprendería, sino también por la posibilidad de conseguir la plaza de médico adjunto del laboratorio, que se convocaría al año siguiente.

—Aquel es el despacho del jefe del laboratorio, el doctor Parker —dijo Lewis, señalando con la cabeza una puerta lateral de la sala—. Ahora está en la Facultad, también es profesor.

Más tarde, Elizabeth y Lewis entraron en una sala de hospitalización acompañados de una enfermera. La sala estaba atestada de camas dispuestas en paralelo, ocupando las dos paredes principales. Una carpeta con las constantes vitales de cada paciente y su historial colgaba a los pies de cada cama. La entrada de Elizabeth, vestida con bata blanca y sin cofia, llamó la atención de los enfermos, que la miraron con curiosidad. Ignorando el calor que sentía en las mejillas, la doctora y su colega pasaron visita a los pacientes que tenían asignados, explorando y comentando cada uno de los casos.

—No quiero que me mire *ella*. —Un paciente flaco de avanzada edad se dirigió a Lewis, ignorándola.

Elizabeth se colocó bien las gafas y miró el historial. El paciente era barbero, pero sus numerosas molestias le impedían realizar su trabajo.

—Señor, le aseguro que estoy titulada y tan capacitada como cualquier médico de este hospital —afirmó—. Según su historial, usted tiene dificultad para caminar, en ocasiones visión borrosa y un dolor muy fuerte que lo atraviesa de arriba abajo. Permítame que intente ayudarle con todo eso —dijo con suavidad.

—¡He dicho que no! —La miró con ira y se subió las sábanas hasta el cuello.

—Señor, ¿no deja usted que lo laven y lo cuiden las enfermeras? —intervino Lewis—. Pues es lo mismo.

—No lo es. —El barbero miró al frente con gesto ceñudo.

Las personas que ocupaban las camas de alrededor estaban atentas a la situación. Incómoda, Elizabeth aspiró hondo y fue a hablar cuando una profunda voz masculina la interrumpió.

—Señor, si se niega a que le atienda un médico de este hospital sin un buen motivo no será atendido por ningún otro. Esto es un hospital universitario, y son las normas.

Elizabeth se giró y se encontró con los ojos azules del llamado Foster mirándola.

—No necesito su ayuda, doctor, gracias —le dijo en tono cortante.

—¿Necesita usted alguna cosa, doctor Foster? —dijo con una sonrisa la enfermera.

Él le devolvió la sonrisa guiñándole el ojo.

—No, gracias, enfermera. Creo que por aquí está todo *sobradamente* controlado —comentó con sarcasmo—. Me marchó a mi sala. De nada —murmuró Foster inclinando la cabeza a modo burlón.

Elizabeth sintió una punzada de culpa. Sabía que había sido poco cortés, pero le molestaba la sobreprotección. Ya tenía la ayuda de Lewis, no necesitaba más. Al final, el paciente rebelde cedió y le permitió explorarle, pero solo contestó las preguntas de Lewis.

—Las jóvenes de hoy en día no tienen decoro —gruñó el paciente en voz alta cuando los doctores se retiraban de la sala—. Si fuera una mujer decente no estaría aquí.

—Y si usted fuera un hombre decente tampoco —murmuró Elizabeth para sí, e inmediatamente se sintió mal—. Lo siento, no debería juzgar la conducta de un paciente —se disculpó mirando a su colega.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Lewis.

—Porque... creo que tiene neurosífilis.

—¿Neurosífilis? —Arqueó las cejas con sorpresa—. A mí me parece anemia perniciosa. Los síntomas cuadran.

—Puede ser. De todas formas, le haré una prueba de Wasserman para descartar la sífilis —dijo ignorando la mirada

condescendiente de su compañero.

Encaminándose al despacho donde se había reunido con Brown a primera hora, Elizabeth le hizo a Lewis la pregunta que se había guardado durante toda la mañana.

—Dígame, doctor Lewis, ¿por qué no hemos pasado visita con un profesor como los otros residentes? ¿Es por la falta de médicos? —Había sido informada por Brown de que su supervisor era el doctor Stevens, médico y profesor de la Facultad de Medicina Rush de Chicago.

—Pues... —Lewis rehuyó su mirada—. Verá, el doctor Stevens ha dicho que no quería... —carraspeó— participar en el... en esto, y que luego revisaría los tratamientos. —Se puso colorado.

Elizabeth se sintió más deprimida de lo que quería admitir. Su mentora ya le había advertido que aquel hospital tenía médicos de la vieja escuela, que no toleraban la injerencia de las féminas en su campo.

—Está bien... —Inspiró con fuerza—. Terminemos con nuestro trabajo, aún nos quedan muchos pacientes.

—Doctora Scott, no lo tome como algo personal. Él es de los que creen que el sitio de una mujer está en su hogar, cuidando de su familia —repuso conciliador.

Ella lo miró con gesto cansado y negó con la cabeza.

—Siempre hay una excusa.

—Usted me dijo que tendría el mismo trabajo que un varón —Elizabeth habló en un tono respetuoso pero frío—. Que se me iba a tratar como a otro hombre, no peor.

La joven había esperado a terminar su larga jornada matinal para formular sus protestas. Se encontraba en el despacho del doctor Brown, sentada frente a su mesa con los puños apretados sobre la falda.

Brown la miró con expresión inescrutable. Repasó una vez más las órdenes de tratamiento y los historiales de los pacientes de Elizabeth. La joven sabía que lo estaba poniendo en un aprieto: si Brown se oponía de forma pública a la rebeldía de Stevens podía iniciar una oleada de simpa-

tía hacia este y empeorar más aún la situación. Sería como provocar una especie de motín, pero ella no iba a rendirse ahora.

En aquel momento unos suaves golpes sonaron en su puerta.

—Pase —dijo su jefe.

—Buenas tardes, doctor Brown, señora. —Un hombre entró en el despacho y la saludó con un gesto respetuoso.

—Ah, doctor Coleman. —Se levantó y ella lo imitó—. Creo que aún no conoce a la doctora Elizabeth Scott. Doctora Scott, le presento al doctor Coleman, jefe de cirugía del hospital.

Elizabeth aún estaba parpadeando por la sorpresa. Había imaginado que el jefe de cirugía sería un hombre más viejo aún que Brown, pues muchos estaban sirviendo en el ejército, pero el doctor Coleman era un atractivo hombre de cabello rubio, ojos claros y sonrisa deslumbrante que apenas pasaba de los treinta.

—Doctora Scott. —Le tendió una mano que Elizabeth se apresuró a aceptar, algo avergonzada por su evidente sorpresa. Su apretón fue tan firme como cálido—. Lo sé, soy joven. —Coleman sonrió, comprendiendo los motivos de su asombro—. En realidad, no soy el jefe oficial, solo en funciones. Es una pena que usted no sea residente de cirugía, nos hace falta sangre nueva. Además, me impresionó su currículo. ¿Le interesa la cirugía?

La joven reaccionó por fin.

—Encantada de conocerle, doctor Coleman. Es usted muy amable —murmuró—. Me atrae la cirugía, pero me interesa más la medicina... —comenzó a explicar.

—Buena idea. ¿Qué le parecería tener una residente, doctor? —interrumpió el jefe de medicina—. Por supuesto, su trabajo en el laboratorio está asegurado en todo momento —afirmó Brown.

—¿Pretende que pase visita a los pacientes de cirugía en vez de a los de medicina? —Elizabeth lo miró indignada.